

# GBU

## No estoy de acuerdo con Dios

No son sólo escritores o filósofos audaces los que piensan así. ¿Quién de nosotros no ha dicho o pensado lo mismo más de una vez? Por ejemplo, frente a las palabras de un antiguo libro: “Dios hace salir el Sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos”. Precisamente en este punto **no estamos de acuerdo con Dios**. Es esta falta de justicia la que nos indigna.

Cuando pensamos en el Vietnam, en el hambre de Etiopía, en los latifundios y la miseria de Latinoamérica, o en increíbles arsenales de bombas atómicas, se revuelve nuestro sentido de la justicia. ¿Cómo no ha de indignarnos que mueran los jóvenes, que sufran los inocentes, que los culpables se queden sin castigo y que prosperen los malvados?. ¿Cómo vamos a estar de acuerdo con Dios que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos?.

Admitamos que aunque las palabras que hemos citado fueron pronunciadas por Jesucristo en el célebre Sermón del Monte, no por ello nos inquieta menos. Porque nos inquieta la injusticia. Tanto es así que ante ella muchos llegan a la conclusión de que **no hay Dios**, o que si lo hay se ha olvidado del mundo, que para el caso es lo mismo. Porque si hubiese Dios, y si el mundo le importase, no permitiría que continuara la injusticia. Eliminaría a los malvados, acabaría con los injustos, los explotadores, los desalmados.

Dicho de otra manera, si tu y yo fuésemos Dios, organizaríamos las cosas de otro modo. Haríamos justicia. Ejerceríamos en gran escala y con todo el poder que se supone que Dios tiene, este sentido de la justicia que nos ha llevado a la protesta. En la vida diaria, frente a situaciones propias y ajenas, muchas veces nos gustaría tener una posición de poder, aunque fuese mínimo, para hacer justicia. Imagínate: ¡tener todo el poder de Dios para hacer las cosas a nuestro modo!.

La verdad es que a cada momento en la vida diaria, estamos aplicando nuestro sentido de la justicia a nuestras circunstancias. Si el camarero del restaurante no te atiende bien, buscas de alguna manera que lo sancionen, o le sancionas a tu modo. Si tu novio o tu novia te engaña, luego tiene que vérselas contigo. Si un amigo te falla, te haces justicia aunque sólo sea en el tono de la voz cuando vuelves a verle. Cuando dejes la universidad, al aumentar tu esfera de influencia, tendrás mayores oportunidades de ejercer tu sentido de justicia. Y esto que haces en pequeña escala es lo que harías en gran escala si fueras Dios.

Por supuesto, si fuésemos Dios no dejaríamos que el Sol saliera sobre los injustos. Nada de lluvia buena para ellos. Los neutralizaríamos, los encerraríamos, los eliminaríamos. ¿No crees que casi todos tenemos una lista negra de personas a las cuales, si fuésemos dios, no permitiríamos estar en el mundo? Piensa por un momento en los manifiestos, proclamas, conversaciones, discursos y amenazas que se oyen a diario en la Universidad y fuera de ella. Veamos quiénes están en estas listas negras.

Para algunos son los de la izquierda. El mundo sería un mundo desarrollado, tranquilo y pacífico a no ser por los comunistas que se agitan entre las sombras de Occidente y tiranizan a las masas sufrientes detrás del telón. La tarea de

# GBU

arreglar el mundo tendría que comenzar por eliminarlos a ellos.

Para otros la lista negra está compuesta de nombres anglosajones. Los malvados son los buitres de Wall Street, los barones de la banca mundial que, con sus agentes nativos, manejan grandes imperios comerciales e industriales, y fabrican armamentos y guerras para probarlos.

Cada cual sabe por dónde comenzaría la tarea de limpiar y reorganizar el mundo, si fuese Dios. Probablemente tu tienes tus propias ideas al respecto, tu propia lista.

Pero vamos a ver. Reflexionemos un poco. Si eliminamos a esos malos que causan la ruina de hoy, ¿no surgirán otros iguales para sustituirlos? ¿Quién me garantiza a mí o a ti que **si nosotros** llegásemos arriba seríamos más justos y buenos que estos otros? Ahí está toda la historia de la humanidad para quitarnos cualquier optimismo fácil. En el siglo pasado se solía pontificar sobre el progreso. Hubo generaciones que se figuraron ser las portadoras de una antorcha que llevaría a la humanidad hacia una edad dorada de paz y justicia. Dos absurdas, crueles e inútiles guerras, y el fantasma amenazante de otra han acabado con el optimismo. Hitler y Stalin han encarnado la tremenda frase de un personaje de Dostoiewsky: “Si Dios no existe, todo está permitido”. **¡Ah! Si yo fuera Dios... Si tú fueras Dios...**

Seamos honestos. En este drama de la injusticia humana no podemos darnoslo de espectadores, porque todos somos actores. Y si aplicásemos nuestro sentido de la justicia hasta sus últimas consecuencias, conociéndonos como nos conocemos cada uno en el fondo, tendríamos que terminar por poner nuestro nombre en la lista negra. Esas es la condición humana.

“Dios es justo y ama la justicia”. Esta es la línea general y la tónica de la enseñanza bíblica, dentro de la cual se ubica Jesucristo a quién nombramos al principio. Para la Biblia la injusticia en el mundo es parte de la condición humana. Los hombres se debaten en terrible dilema. Por un lado su sentido de la justicia, más o menos agudo según las circunstancias, y por otro su incapacidad para vivir obrando siempre lo justo. A esta condición la Biblia lo llama **PECADO**. Pecado es este desencuentro entre un Dios justo y nosotros, hombres injustos. A nuestra injusticia que comienza con los pequeños actos de todos los días con los cuales nos destruimos o destruimos al prójimo, es a lo que Dios llama pecado. **El hombre es universal**; nadie escapa al hecho de ser pecador. “Por cuanto todos pecaron ... No hay justo ni aún uno”, sigue diciendo la Biblia.

Ni los que protestan contra las pequeñas injusticias de la vida cotidiana, ni los que luchan contra las grandes injusticias, están exentos de la condición de pecadores, de injustos ante Dios. Admitamos que hay diferencias entre ellos. El egoísta que sólo aspira a que lo traten bien a él en los estudios y en los negocios o que, si es necesario, pisotea los derechos de los demás para triunfar él, no es igual al que se consagra a una lucha sacrificada por la justicia social o por el bien de los demás. Pero ante la justicia de Dios ninguno llega a ser realmente justo. Es por eso que en un análisis final, hasta las revoluciones en contra de la injusticia no pueden evitar generar su propia secuela de injusticias. Si el hombre pudiera solucionar primero el problema de su propia injusticia personal, de su propia contradicción íntima, de su pecado, tal vez luego podría hacer algo por los demás.

# GBU

Aquí el Evangelio abre un camino, la única posibilidad de salida. El mensaje bíblico no se limita a señalar la condición humana, como un dedo acusador desde las alturas. El Dios que Jesucristo revela no es como los dioses griegos que hasta se regocijaban con el espectáculo de la tragedia humana. Con Jesucristo, Dios, que es también amor, entra en el mundo a compartir la situación del hombre y a salvarle de ella.

Realmente hubo un hombre justo. **Fue Jesucristo.** Amigos y enemigos reconocieron esto durante su breve pero intensa vida en la Palestina del siglo I. En ocasión de su proceso y muerte, resulta típica de la condición humana la actitud del gobernador Poncio Pilato, quien reconoció que Jesucristo era justo pero accedió a condenarle a muerte en la cruz, por pura conveniencia política.

Sin embargo, la muerte de Jesús no se quedó en el terreno de la anécdota ilustrativa. Tuvo más que un valor sólo heroico o ejemplar. En las palabras de Pedro, el famoso pescador galileo convertido en apóstol, he aquí el significado de su muerte: “Cristo padeció una sola vez por los pecadores, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

Se trata entonces de una muerte vicaria. Para llevarte a Dios, para solucionar el problema de tu propia injusticia, Cristo, el justo, murió. Este es el significado profundo y transformador de la cruz. Es el meollo del mensaje cristiano. En Cristo se manifiestan al mismo tiempo la injusticia y el amor de Dios. Desde la perspectiva divina tienes que empezar a hacer algo tú mismo frente a tu propia injusticia ante Dios. Como no puedes elaborar tu propia justicia, ni cambiar tu condición, aceptas, como diría San Pablo, “la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen en él”. Tu propia condición de injusticia, que te separa del Dios justo, te ha llevado a desengañar hasta tal punto que reniegas de ella, deseas el cambio, te arrepientes. Luego le pides a Dios que te dé la justicia del justo Jesucristo, que te identifique con la muerte de él, para que puedas empezar a vivir la vida justa de él. Esa forma de vida puede cambiar el mundo, empezando por ti y tu mundo inmediato.

Has comenzado, entonces, en el camino de aquellos a quienes Jesucristo describió así: “Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados”. Esos son los únicos con los que Dios puede hacer algo en el mundo.

**¿Por qué no estar tú también entre ellos?**

**Samuel Escobar**